Alessandro Baricco, *Tres veces al amanecer*, 2013, México, Anagrama (Panorama de narrativas), traducción de Xavier González Rovira, 100 pp.

RECEPCIÓN: 23 de junio de 2014.

ACEPTACIÓN: 4 de julio de 2014.

*Quien ha visto la verdad permanecerá
para siempre inconsolable.
Y verdaderamente salvado sólo
lo está quien nunca ha estado en peligro.*

Baricco, *Océano mar*¹

Las más grandes victorias literarias de Alessandro Baricco se han dado, en buena medida, gracias a la excelsa construcción de sus personajes; como señala la señora del fular impermeable al despedirse del *alter ego* de Baricco en *Mr. Gwyn*: “no todo el mundo es capaz de entrar en la cabeza de la gente como usted sabe hacer”. Esta señora del fular impermeable, otro entrañable personaje de Baricco, cuando dice ‘gente’, está hablando de personajes.

Es más: de Baricco, más que las historias, quedan los personajes. Incluso apostaría: en la memoria de quienes hemos leído sus libros, antes que las historias, aparecen ellos: Hervé Joncour, de *Seda*; Elisewin y Adams de *Océano mar*; Gould y Shatzy Shell de *City*; Jasper Gwyn de *Mr. Gwyn*. Y, más aún, los personajes ‘secundarios’ que son, precisamente, esenciales: Baldabiu con su Pernod y Hélène con su voz bellísima (*Seda*); las cartas sin destinatario de Bartleboom, los salmos del Padre Pluche, la belleza de Ann Deveria, los cuadros en que Plasson pintaba el mar con el mar (*Océano mar*); Diesel, el gigante, Poomerang el mudo y el profesor Mondrian Kilroy (*City*); Tom Bruce Shepperd el editor, la señora del fular impermeable y el maestro de Camden Town, artista de bombillas eléctricas (*Mr. Gwyn*).

¹ Alessandro Baricco, *Océano Mar*, 1994, Barcelona, Anagrama, p. 129.

RESEÑAS

Todos entrañables, tanto que es fácil enumerarlos de memoria. Y, si alguno es más principal que otro, solamente es por un papel preponderante dentro de la construcción dramática de la historia. Baricco dedica tanto tiempo a la configuración de sus personajes que él mismo, después de escribirlos, acaba extrañándolos.

Podría decirse que en Baricco, hasta antes de *Tres veces al amanecer*, la fórmula o estilo había sido esa: tomar a personajes aparentemente convencionales y hacer *zoom* a una vida engañosamente ordinaria para, por medio de narraciones poéticas, desvelar lo extraordinario que puede haber en quienes observan “su propio destino del modo en que la mayoría suele observar un día de lluvia” (*Seda*) y que, de pronto, colocados por la mano de su autor en situaciones límite, encuentran la posibilidad de volverse mágicos, entrañables. O, en palabras del mismo Baricco: inconsolables.

Y bellos.

En fin, sea lo que quieras, con tal de que sea uno y simple.

Horacio, *Arte poética*, 21.

204

Tres veces al amanecer comienza con una nota en la que su autor advierte que se trata de una “leve y lejana secuela a *Mr. Gwyn*”. No obstante —avisa— es un libro autónomo que en nada depende del anterior para su lectura. Luego, una dedicatoria que sólo entenderán quienes leyeron *Mr. Gwyn* y, a continuación, una especie de prólogo que ya da pistas sobre el nuevo experimento de Baricco: “dos personajes que se encuentran tres veces, aunque cada una de ellas es la única, y la primera, y la última”. Esto es posible porque habitan un Tiempo anómalo que es inútil buscar en la vida cotidiana y que, en este caso, queda establecido por las narraciones.

Como quien hubiera leído el *Arte poética* de Horacio, o se hubiera identificado con el hastío de Jasper Gwyn por todos los elementos accesorios que rodean a un escritor que se convierte en figura pública, o simplemente como un escritor multiforme de este siglo que escribe desde un nuevo paisaje, Baricco intenta en *Tres veces al amanecer* reinventar su propio estilo y, por mucho que pudiera doler a sus lectores aficionados, abandonar la fórmula que, empezando con *Seda*, ha llevado sus libros a las cumbres editoriales de Europa.

Todo lo contrario de los contagiosos e inolvidables ‘Gould’, ‘Hervé Joncour’, ‘Bartleboom’, ‘Shatzy’, ‘Elisewin’, ‘Ultimo’, ‘Novecento’, ‘Plasson’,

en *Tres veces al amanecer* los personajes no tienen nombre: en el primero de los tres relatos que componen el libro, todo el tiempo se habla de “la mujer” y “el hombre”. Hasta el final de la primera historia se desliza al lector, por aparente accidente, el primer nombre, el de “el hombre”: Malcolm Webster.

Son tres historias que pueden ser independientes una de otra. Comparten, sin embargo, como advierte Baricco, dos personajes: un hombre y una mujer. Se encuentran en tres momentos (tres relatos) de un tiempo que el autor llama ‘anómalo’ porque en el primer momento el hombre y la mujer son adultos de edades semejantes; en el segundo, la mujer es una adolescente y el hombre un anciano; en el tercer momento, el hombre es un niño y la mujer es de edad madura. Los encuentros son siempre en el vestíbulo de un hotel y, siempre, al alba: contrario a lo previsible, “no es una cuestión de horas, es una cuestión de luces” (p. 59).

La innovación radica en el hilo que hilvana el entramado de las tres historias. Es distinto del conocido modelo narrativo implantado en el cine por Kieślowski y emulado por González Iñárritu. Es, desde luego, más fino. Y diferente. Lo logra gracias a la mencionada *anomalía* temporal que posibilita esos encuentros entre personajes, como si se tratara de reencarnaciones.

Baricco ha dicho que los seres humanos repetimos siempre los mismos ‘gestos’ cada que pasamos a un paisaje nuevo o cada vez que, en sus palabras, mutamos; de otro modo se diría que, en momentos de crisis (momentos en que es preciso decidir, según la definición clásica de crisis), los seres humanos rehacemos, como niños, esos gestos que llevamos en el código genético: la guerra, la separación de las personas que amamos, la muerte, los hijos, la nostalgia, la rabia. Homero hizo inmortales dos de esos gestos: la guerra (*Iliada*) y el viaje regreso a casa (*Odisea*). En *Tres veces al amanecer* es el turno de Baricco para rehacer la *nostalgia* (o “dolor por el regreso”): reconstruir una casa que el fuego devoró, y que sea mucho más que cuatro paredes y una cama (primer relato); huir de casa (segundo relato); y, por fin, volver a casa (tercer relato). Señala también algo como la imposibilidad de cambiar: “hay que ir con cuidado, cuando uno es joven, porque la luz en que se habita de joven será la luz en la que se va a vivir para siempre” (p. 55).

En uno de los guiños que le gustan al italiano y que también está en *Tres veces al amanecer*, los personajes están en peligro. En el primer relato, la mujer *salva* al hombre; en el segundo relato, el hombre *salva* a la mujer; en el tercero, *salvos*, van los dos a casa. El tiempo en el que habitan —otra vez—

RESEÑAS

es *anómalo* porque posibilita la redención del personaje con el otro que, en la historia anterior, lo había *salvado*.

Ese tiempo irregular hace que el libro sea perfecto. He ahí el hilado fino: para el último relato, donde todas las pistas que Baricco delicadamente fue deslizándose se cierran y se consuma el regreso a casa, es necesario que los personajes tengan nombre ya: ella es Pearson y él es Malcolm. Viajan en un viejo Honda por cierta carretera, siempre recto, hacia el lugar más bello del mundo, donde está él, “porque las cosas que hay a su alrededor, y el modo que tiene de tocarlas y de hablar de ellas, son el lugar más bello del mundo, el único que tengo”, le dice la mujer al niño.

Es el alba.

“Es la luz apropiada para regresar a casa, está hecha a propósito para ello”.

JOSÉ SAED AYUB

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional Autónoma de México